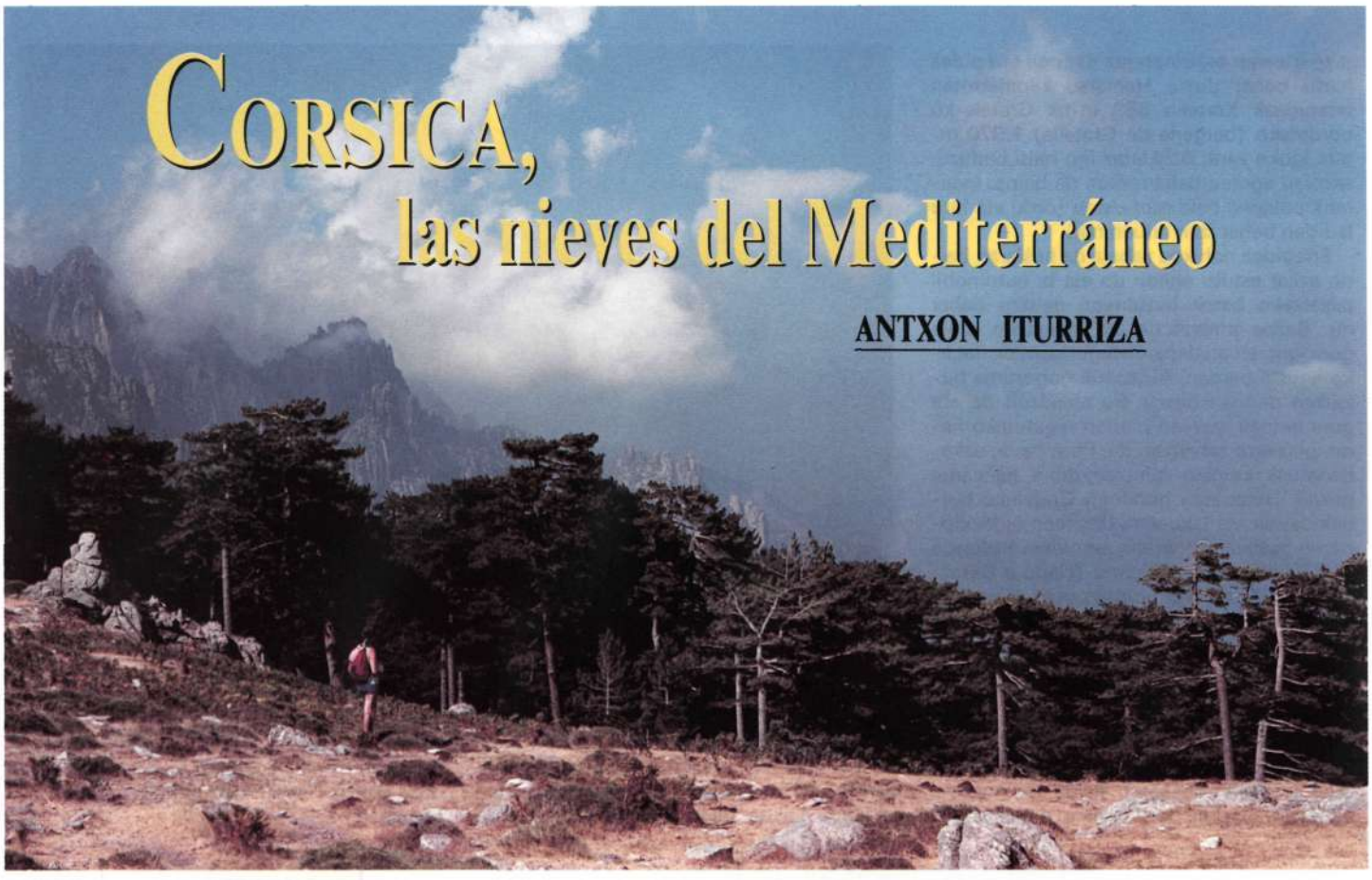
CORSICA, las nieves del Mediterráneo

ANTXON ITURRIZA



Cruce bajo las agujas de Bavella de la GR-20 que atraviesa de Norte a Sur la isla de Corsica.

***CUENTAN** que cuando los primeros exploradores de Africa oriental regresaron a Europa relatando que habían encontrado glaciares bajo la misma línea del Ecuador, nadie quiso dar crédito a sus palabras.*

Muchos siglos antes, la sorpresa de los antiguos navegantes, griegos, etruscos, cartagineses, no debió ser menor al avistar, sobre las templadas aguas del Mediterráneo, una sucesión de montañas nevadas. Los griegos llamaron a esta isla Kalliste, que significa «la más bella».

No les faltó acierto en la denominación. En pocos lugares de Europa se podrá contemplar un contraste de tal rotundidad y belleza entre el mar y la montaña como en esa isla que hoy conocemos como Córcega o Corsica.

Las tierras de Corsica se elevan de un solo tirón desde el nivel cero del mar hasta los 2.710 metros de la cumbre del monte Cinto, punto culminante de una espina dorsal que atraviesa la isla, atrayendo sobre ella precipitaciones muy superiores a lo que por su latitud podía corresponderle. Esta singularidad climática, que ha cubierto de bosques sus relieves, ha merecido otro de los apelativos clásicos atribuidos a Corsica: «la isla verde».

La gran travesía

Para los más exigentes y preparados queda el recorrido de esa cordillera en primavera, cuando la nieve aísla las montañas.

Optaremos nosotros por esperar hasta primeros de julio, cuando las nevadas mediterráneas se diluyen, para iniciar el conocimiento de las principales elevaciones de Corsica.

Una de las formas más completas y gratificantes, disponiendo del tiempo necesario, de conocer la isla a través de las montañas, lo constituye el seguimiento de la GR-20, que une Calenzzana, en el extremo norte, y Conca, situada en las estribaciones meridionales del relieve corso.

La travesía integral del abrupto lomo montañoso tiene una longitud de 220 kilómetros y para su recorrido se puede calcular unas dos semanas de andadura, más alguna jornada suplementaria dedicada a descender a los pueblos para aprovisionarse.

El itinerario se desarrolla en buena parte en altitudes superiores a 2.000 metros, por lo que debe esperarse hasta mediados de julio a que las nieves dejen libre el paso por los senderos. La tregua de la nieve se prolonga habitualmente hasta primeros de noviembre.

Al acometer este largo itinerario deben tenerse en cuenta algunos aspectos importantes. La dureza del perfil que atraviesa, con abundancia de fuertes desniveles, exige una buena preparación física. Esta exigencia se ve incrementada por la inexistencia en buena parte de los refugios de servicios de cantina, lo que obliga al marchador a cargar a la espalda con las vituallas y a descender cada varios días hasta las poblaciones de los valles a reabastecerse.

Por otra parte, la GR-20 no comporta dificultades técnicas propiamente dichas. Los pasajes de cierto riesgo han sido equipados con seguros, cables, etc., para facilitar el paso de los senderistas.

Todo este magnífico periplo por la geografía de Corsica discurre a través de los dominios del parque natural regional de la isla, creado en 1970 para proteger la riqueza natural y potenciar la precaria economía de los habitantes de las montañas.

En el capítulo de bibliografía, se hace imprescindible el uso de la Topoguía «GR-20 Sentier de la Corse», editada por la Federación Francesa de la Randonnée Pédestre. Recomendables, asimismo, resultan los mapas del IGN escalas 1/50.000 y 1/25.000.

Los cuatro gigantes de Corsica

Para quienes no dispongan de ganas o tiempo para acometer la totalidad o parte de la travesía de Corsica, se abre la interesante opción de ir recorriendo la isla, alternando las estancias relajantes en las bellísimas calas del litoral, con el sano ejercicio de ascender a algunas de las montañas más representativas.

A la hora de seleccionar, hemos escogido cuatro de las elevaciones más importantes, que por su variedad de emplazamientos pueden ofrecer una muestra contrastada de la geografía alpina de la «Isla de la belleza».

Monte Incudine (2.128 m)

Abordaremos la montaña corsa desde el sur, yendo al encuentro del monte Incudine, una de las últimas cotas que sobrepasa los dos mil metros en el descenso de la cordillera hacia el mar.

Se llegue por donde se llegue hasta Zivaco, base de arranque de la ascensión, el viajero estará obligado a superar un emocionante rallye automovilístico de montaña, con carreteras extremadamente estrechas, sinuosas y colgadas de imponentes pendientes.

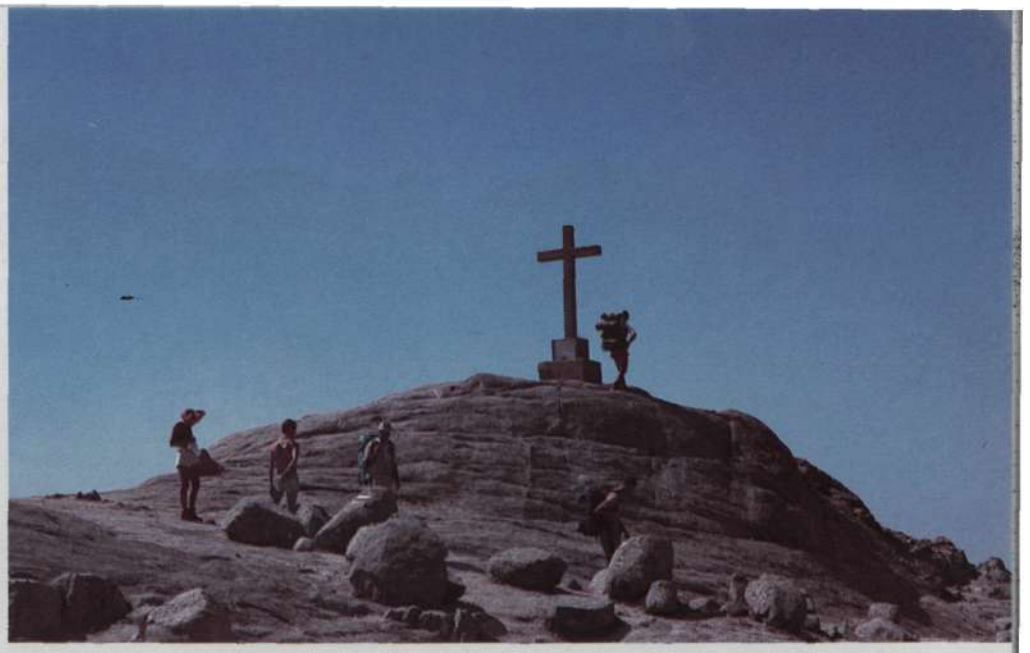
Se dice que el alto valle de Taravo, cuya cabeza es Zicavo, es el país de la piedra y del árbol. Los grandes bloques de granito que forman las montañas y los bosques que cubren sus laderas dan argumento a esta definición. Sin embargo, mucha mayor debió ser la riqueza forestal de esta región en tiempos recientes. Durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, extensiones enormes de hayedos fueron abatidos para la reconstrucción de las vías férreas de Francia, destruidas por el conflicto bélico. Durante unos meses, Zicavo vivió una prosperidad ficticia, como consecuencia de esta explotación masiva. Pero el espejismo desapareció y con él buena parte de la riqueza boscosa de la región.

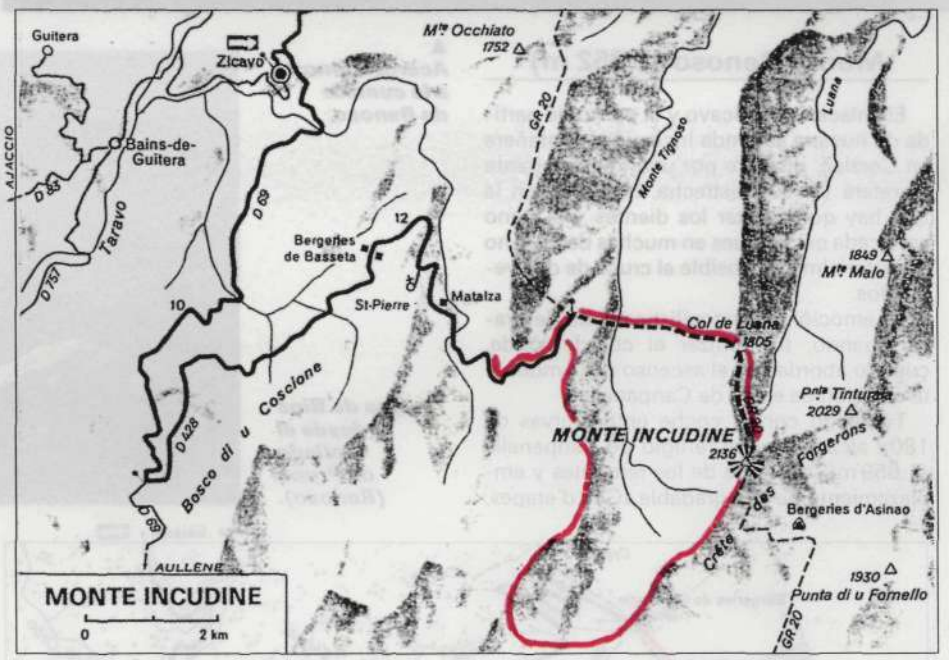
Un consejo corso: partir al amanecer

Nos alojamos en una fonda de Zicavo para, todavía sin clarear, partir en coche desde el pueblo por la ruta de Bocca de la Vaccia. Seguimos la estrecha carretera durante unos 10 kilómetros, para tomar un cruce hacia la montaña señalado con la indicación de una ermita. A los 17 kilómetros sobrepasamos la cercana iglesuela de San Pietro, donde el asfalto desaparece para convertirse la ruta en una pista con algunos trozos de cierta dificultad para coches de turismo. A los 22 kilómetros, en un collado despejado, dejamos el vehículo en una curva a la derecha, en la proximidad de la granja de Cavallara (1.521 m).

El inicio del itinerario a pie es una pista descendente, que alcanza en dirección NE el balizamiento de la GR-20.

Cruzamos un curioso puente colgante para después ganar altura y sobrepasar las ruinas del refugio Pedinielli (1.623 m). Siempre en dirección E enfilamos hasta el collado de Luana (1.805 m), desde el que se intuye ya próxima la cima. Sólo resta un flanqueo entre los bloques de granito para alcanzar el monte Incudine (2.136 m), cuyo nombre significa «yunque» y se encuentra rematado por una gran cruz (2 h. 15 min.). El panorama se extiende hasta el mar por el golfo de Valinco y hacia el atormentado paisaje de las agujas de Vavella.





Por la vía de los cairns

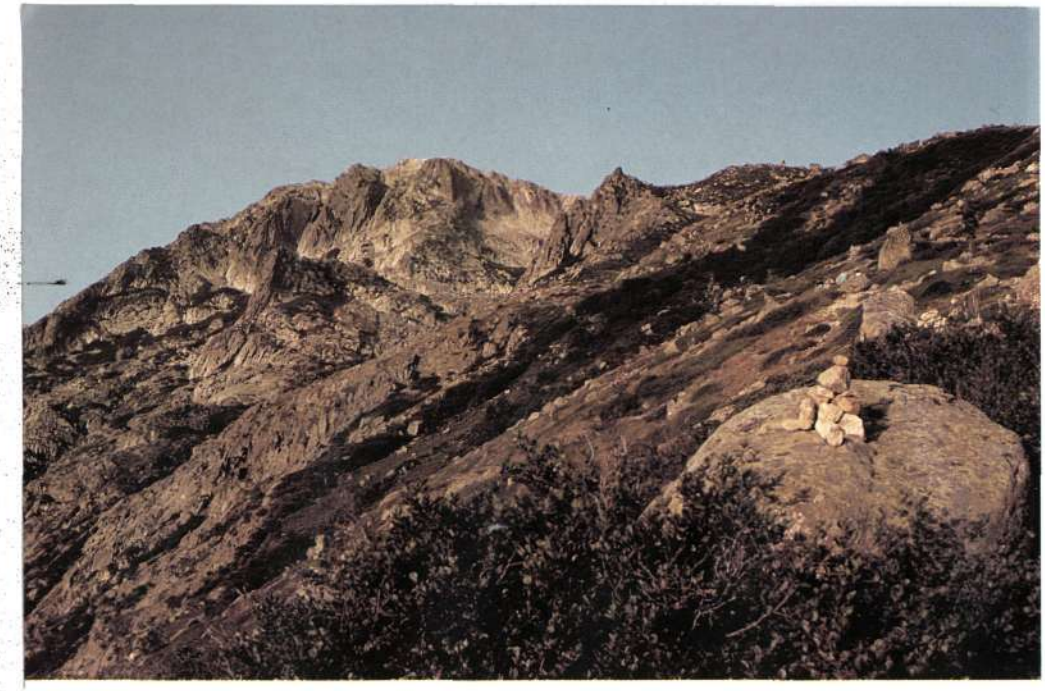
Buscando un itinerario diferente para el descenso, mantenemos la ruta de la GR-20 hasta llegar al collado des Forgerons (2.025 m), desde el que el balizaje inicia un fuerte descenso hacia las cabañas de Asinao. Abandonando las marcas roja/blancas, nuestro objetivo de cerrar el circuito nos encamina en dirección SO, perdiendo ligeramente altura a lo largo de un impreciso sendero marcado por cairns. El mantenimiento de esta referencia, en medio de una vegetación impenetrable de «maquis» será la única forma de atravesar la ladera hacia el collado despejado que se abre frente a nosotros. El paso, en ocasiones se hace dificultoso por la aspereza de los arbustos, pero manteniendo atención se puede seguir sin problemas esta peculiar senda.

Una vez en terreno abierto, el sentido del itinerario se hace evidente, pues debemos de retornar al punto de partida, siguiendo en dirección norte los lomos herbosos de la vertiente opuesta.

Horario total: 4 h. 15 min.

▲ ***Cumbre granítica del monte Incudine.***

Las ascensiones deben iniciarse al amanecer, para evitar el calor y las calimas.



Monte Renoso (2.352 m)

El enlace entre Zicavo y el punto de partida de nuestra segunda incursión montañera en Corsica, discurre por una impresionante carretera (D-69), estrecha, retorcida, en la que hay que apretar los dientes y el freno ante cada curva, pues en muchas de ellas no es materialmente posible el cruce de dos vehículos.

La emoción automovilística sube de grado cuando, tras cruzar el col de Verde, cuando abordamos el ascenso de la modesta estación de esquí de Canpanella.

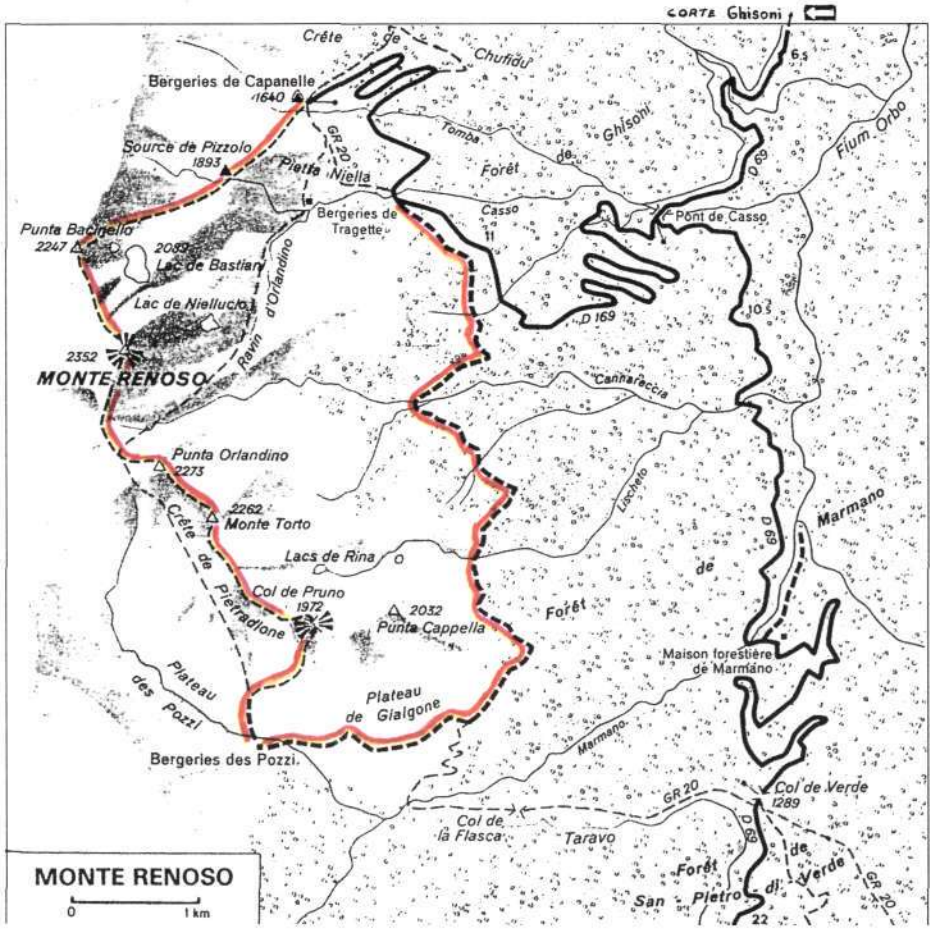
Trepando con el coche entre curvas de 180°, alcanzamos el refugio de Canpanella (1.659 m), arranque de los remontes y emplazamiento de un agradable «Gite d'etape», con habitaciones aseadas y en el que se puede comer por un precio módico.

Tal y como es obligado para evitar el calor y la calima que tamiza el paisaje a mediodía, partimos al amanecer. En dirección SE, siguiendo la línea de uno de los remontes, enlazamos con un sendero balizado con cairns, que sin dificultad nos encaminan hacia la cumbre que buscamos. En la cota de los dos mil metros vemos bajo nosotros la superficie tersa del lago Bastiani y del más pequeño ibón de Nieluccio. Alcanzada una línea de cresta (2.247 m), oblicuamente al sur, ganando altura entre bloques de granito para ganar los 2.352 metros de la cumbre de Renoso sin ninguna dificultad (2 h.).

Buscando siempre el cerrar un circuito que nos permita un mayor conocimiento de cada zona, proseguimos por un rumbo S-SE a lo largo de la cresta de Pietradione. El itinerario sortea gendarmes de granito, siempre bajo la referencia de pequeños hitos que encuentran los pasos más sencillos.

▲ ***Acercándonos a la cumbre de Renoso.***

Lagos de Rina desde el collado de Pruno (Renoso).



Superamos los promotorios de Orlandino (2.273 m) y monte Torto (2.262 m), hasta ganar el col de Pruno (2.972 m). Iniciamos aquí un descenso sin sendero —por lo menos nosotros no lo encontramos— hacia un precioso vallecito en el que se asientan las bordas de Pozzi (1.746 m). Reculamos al borde del arroyo y entre flores de ribera y murmullo de agua cristalina nos refrescamos los pies y reconfortamos el estómago.

Intentamos un flanqueo —volvemos a perder la ruta, pero no la orientación— y sin mayores dificultades alcanzamos el plateau de Gialgone. Poco más adelante enlazamos con la GR-20, que llega desde el col de Verde.

Durante más de dos horas bordeamos la vertiente Este del Renoso a través de grandes hayedos. Casi con el declinar de la tarde alcanzamos el borde de la carretera de la estación de Canpanella. Aunque el estudio previo del catastral nos lo había anunciado, el superar al final del camino casi trescientos metros de desnivel nos sienta a cuerno. Menos mal que el sol ya ha pasado al otro lado de la montaña y la temperatura no aprieta.

Más de siete horas después de partir, retornamos al punto del que partimos al amanecer. Tomamos el coche y descendemos por la vertiginosa carretera hacia el siguiente as de la baraja corsa.

Monte d'Oro (2.389 m)

Siguiendo siempre hacia el Norte por la D-69, enlazamos con la N-193, una de las pocas vías que permiten un reposo al conductor.

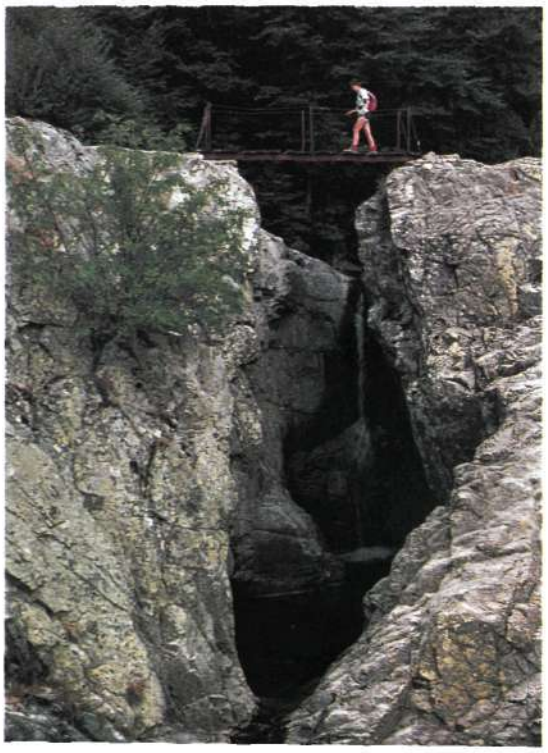
Junto al col de Vizzanova, eje del extenso bosque del mismo nombre, partimos del lugar que se conoce como La Foce (1.160 m) y que dirige a los turistas hacia las llamadas Cascadas de los Ingleses. Al poco rato llegamos a este paraje que, por lo menos cuando nosotros lo visitamos, no nos parecería merecedor de las expectativas que se crean al visitante.

En la ruta de ascenso al monte d'Oro desde el Sur nos encontramos una vez más con el trazado de la GR-20. La ascensión, con más de mil doscientos metros de desnivel, se hace dura, pero extraordinariamente gratificante por la aspereza y grandiosidad del paisaje.

La vegetación va modificándose a medida que ganamos altura por el alto valle de l'Agnone, hasta convertirse en piedra desnuda. Debe permanecerse atento para abandonar en el momento preciso la GR-20, ya por encima de los 2.000 metros, para flanquear hacia el E. por un sendero poco visible, pero señalizado por pequeños hitos de piedra. Así alcanzamos las proximidades del col du Porc (2.159 m) que abre el paso hacia el terreno cimero, dominado por grandes peñascos graníticos. Trepando entre ellos alcanzamos la cumbre del monte d'Oro, así llamado por los reflejos que producen sus laderas húmedas al sol, cuando las tormentas se abaten sobre ellas (3 h. 30 min.).

Parece que la climatología quiere proporcionarnos una oportunidad para contemplar el espectáculo y nuestra llegada a la cumbre coincide con el paso de un fuerte chubasco. Poco después el sol vuelve a dominar la situación, por lo que, siguiendo nuestro hábito, emprendemos el regreso por una ruta distinta a la de subida.

Cruzando una pasarela, en la parte inicial de la ascensión al monte d'Oro

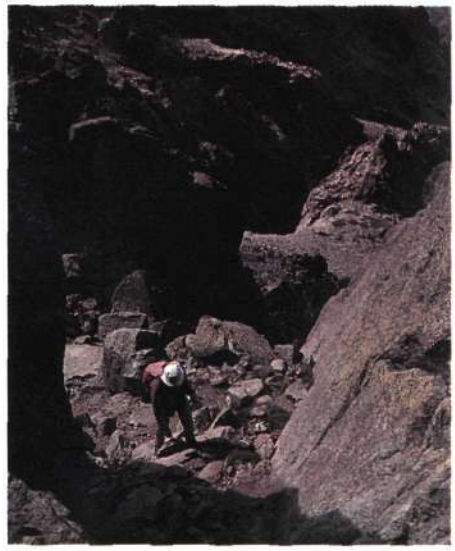


El bosque se abre a medida que ganamos altura hacia la cumbre del monte d'Oro

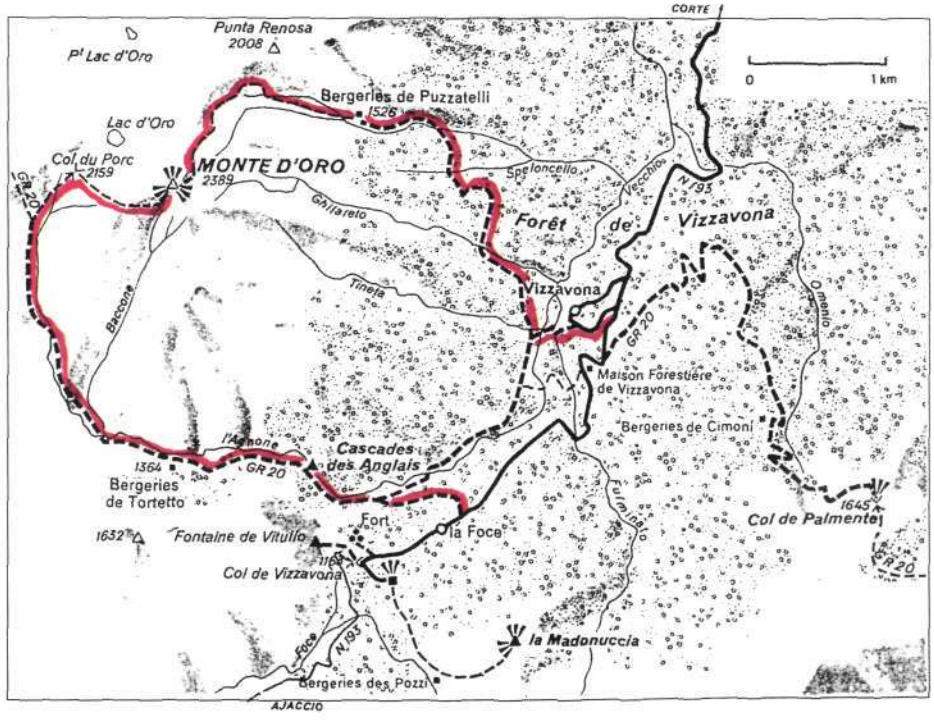
Ayudados por la referencia de un balizaje amarillo y blanco, iniciamos la bajada en dirección norte. Nos abocamos así al destrepe de una larga y espectacular escalera natural formada por grandes bloques.

Vuelve la lluvia y el bosque nos sirve de cobijo ya en el límite de las plantaciones de pino laricio, junto a las chabolas de Pozzarelli (1.526 m).

Siempre entre el bosque de pinos, alcanzamos la altura de Vizzanova. No es nuestra idea el descender a esta aldea, surgida en torno a la estación de tren y potenciada por el paso de montañeros, pero nos vemos empujados a ello por obra y gracia de unos trabajos forestales que se han cargado el sendero que nos habría devuelto al lugar de partida. La alternativa nos fuerza a recorrer tres kilómetros de asfalto, como postre poco agradable de una gratificante jornada (7 h.)



Trepando por los bloques cimeros del monte d'Oro



Ante la gran barrera del monte Cinto.

Monte Cinto (2.710 m)

La altitud tiene un atractivo innegable, por ello no podíamos cerrar nuestro periplo por las montañas de Corsica sin tentar el monte Cinto, la cota más elevada de la isla.

Sin embargo, al primer intento, el Cinto se nos esconde tímidamente tras las nubes y decidimos darle una tregua y nos bajamos a disfrutar de las bellezas de Porto y las Calanques.

Al segundo embite las cosas están más claras y, siempre con el amanecer, nos situamos en el pueblo de Calacuccia, tras haber cruzado el espectacular desfiladero de Santa Regina.

Ascendemos hasta Lozzi (5,5 km) y de allí, por una pista un tanto bacheada, hasta las bordas de Petra Pinzuta.

Aquí hay que comenzar a patear en dirección a la masa rocosa que se levanta ya frente a nosotros y que marca la cumbre del Cinto.

En poco más de un cuarto de hora llegamos al refugio de l'Erco (1.600 m), no guardado, pero en buen estado, con literas de madera y espacio para cocinar.

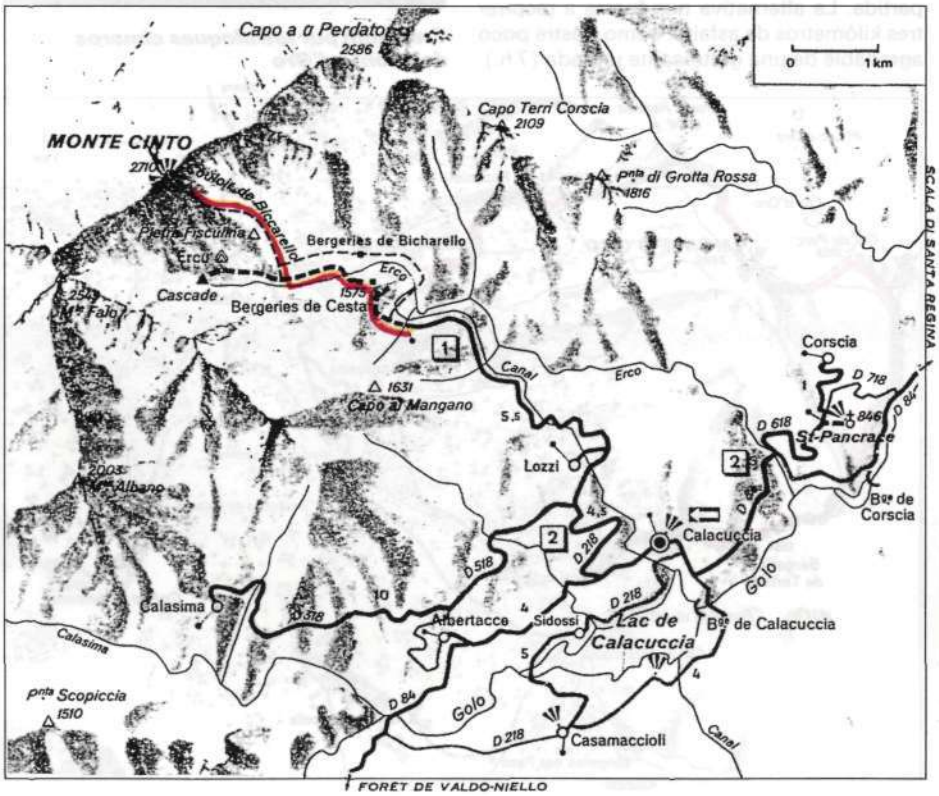
La ascensión al Cinto por esta ruta se afronta de un solo tirón, a través de un largo corredor rocoso. Un rastro de cairns nos orienta en el mar de piedra, para encontrar el camino más accesible hacia las cotas altas, tomando como referencia un gran peñasco solitario conocido como Pietra Fisculina.

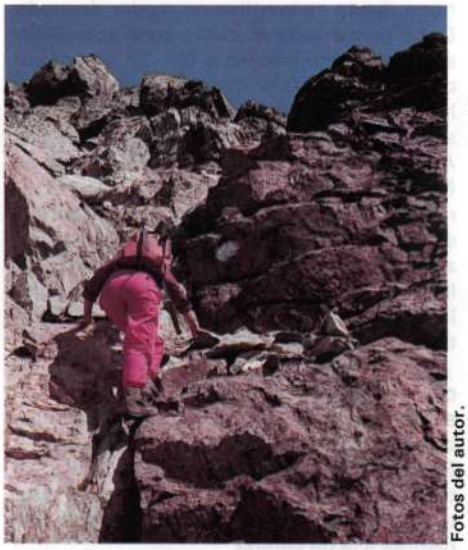
En algún momento la pendiente se pronuncia y obliga a trepar, siempre sin dificultad, para superar los sucesivos resaltes de granito. La ascensión se hace áspera, pero entretenida, siempre que se madrugue lo suficiente para no pasar calor.

Se dice que desde la cima del Cinto (3 h. 30 min.) se pueden divisar en días diáfanos hasta los Alpes marítimos del continente y otras islas mediterráneas. No tenemos tanta fortuna y, aunque la mañana está despejada, una fina calima cubre el fondo de los valles. Unas chovas piquigualdas se nos aproximan en busca de nuestro almuerzo con un desenfado inusual, lo que nos permite hacerles unas cuantas fotos.

Si bien no la realizamos, la travesía de la cresta hacia el monte Falo y el descenso al valle glaciar de Erco se puede sugerir como una alternativa interesante para el excursionista.

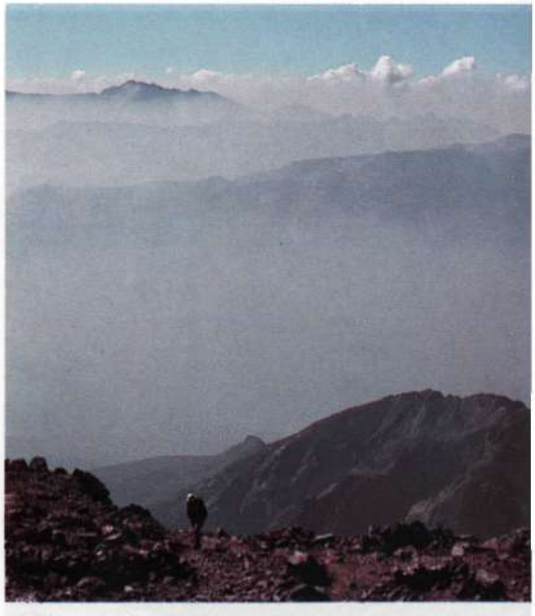
Dejamos las montañas pero no la isla, porque no tendría perdón que nos fuéramos sin conocer y disfrutar las bellezas marinas de este paraíso mediterráneo. ■





Fotos del autor.

Tenemos que trepar en algunos de los tramos de la ascensión al Cinto.



Un amplio panorama se divisa desde el monte Cinto.